

bueso mal adiestrado que se deja arrastrar por su ardor.  
¡ Véale !

Y en tanto que Galeana hablaba, pudo distinguirse vagamente una sombra confusa que ponía pie en la playa; y luego otra forma también indecisa alzarse sobre la arena y arrojarse tras la primera.

## CAPÍTULO VI

### EL PUENTE DE HORNOS

El ardor con que el Indio se ponía en persecución del hombre del capote, parecía justificar las suposiciones que los insurgentes se daban el gusto de formar acerca de aquel misterioso personaje.

— ¿Lo ha visto Ud. de cerca? — se preguntaba por todas partes á los que habían acompañado al mariscal.

— Hubo un instante en que se le resbaló el capuchón sobre los hombros — respondió uno de los soldados — pero se lo recogió tan luego que apenas pudieron verse sus facciones.

— ¿Qué cara tiene?

— Una cara como la de todo el mundo.

— ¿Y no le ha dicho Costal que lo persigue, lo que creía del hombre de la bayeta? — replicó otro soldado.

— No; pero sus ojos brillaron con tanta alegría, que me hace creer que es un príncipe de la sangre, de la familia real.

— Este pagano de Costal se ganará un magnífico rescate — añadió un tercero.

Solamente Galeana y Lantejas no participaban de esta curiosidad. El primero interrumpió las conversaciones dando la orden de regresar á la isla; y el segundo se

preocupaba exclusivamente de los riesgos que el Indio podía correr en la costa de que aún eran dueños los realistas, gracias al fuerte; y no pensaba en preguntar quién podía ser el hombre del capote. Con los ojos fijos en la ribera, seguía las evoluciones de una tercera sombra más negra aún que las dos primeras.

Si Clara no estaba muerto ni herido, él era sin duda.

— ¿Puede alguno darme noticias de Clara? — preguntó el capitán — ¿está muerto?

— Ni herido, — le respondieron — estaba con nosotros.

Era pues, en realidad el negro que con la lealtad silenciosa y sin límites del perro para con su amo, se había lanzado sin decir una palabra en seguimiento del hombre que escogiera por hermano de armas. Don Cornelio no tenía necesidad sino del ejemplo que el negro le trazaba, para escoger la conducta que debía seguir.

— Yo no podría — dijo al mariscal — pasar toda una noche en la incertidumbre acerca de la suerte de Costal. Si Ud. me lo permite, tomaré dos hombres conmigo, montaré esa lancha vacía é iré á la playa. Tal vez el pobre espera mi llegada como esperaba yo la suya hace tres noches.

El mariscal, con su bondad acostumbrada, concedió el permiso que se le pedía; y bien pronto recobraron la lancha española que ya flotaba á la deriva á alguna distancia.

— Sea Ud. prudente, Lantejas — dijo afectuosamente el mariscal; trate Ud. de no alejarse de su bote cuando se encuentre en tierra. Me ha parecido advertir á algunos rondadores recorriendo por el campo y por las peñas.

— Seré prudente; esté Ud. tranquilo, señor Mariscal — replicó don Cornelio.

Y diciendo estas palabras, saltó al bote con dos remeros y puso la proa hacia la playa.

Hay que decir que desde hacía tiempo, el hombre de la bayeta, el Indio y el negro, habían desaparecido entre las sombras de la noche. La playa estaba desierta y si-

lenciosa cuando el bote de Lantejas la abordó: fué en medio de una pequeña bahía cerrada por ambos lados por rocas muy altas, el mismo lugar en que Costal había puesto pie en tierra.

Don Cornelio aguzó el oído: ningún ruido llegó hasta él. En seguida, suponiendo que Costal no podía hallarse muy lejos, le llamó con todas sus fuerzas.

Nadie respondió á sus gritos.

Dos largas horas se pasaron así, durante las cuales esperaba á cada instante ver regresar á Costal. Lleno de inquietud acerca de la suerte del Indio, resolvió entonces ponerse en su busca.

Don Cornelio colocó dos pistolas en su cintura y sable en mano, bajó á la playa y recomendó á sus dos remeros que se mantuvieran en el bote, á diez pasos de tierra y con el ojo alerta.

Los dos soldados así lo prometieron y el oficial se alejó con precaución.

La luna no había salido aún; innumerables estrellas brillaban en el firmamento. Su claridad sin embargo no disipaba la negrura de la noche, lo que permitía á don Cornelio ocultar su presencia. Pudo también con facilidad y á pesar de su inexperiencia de rastreador, reconocer las huellas de los que buscaba, mientras se hallaron impresas en la arena. Pero cuando el suelo se hizo duro ya no vió ningún vestigio. Escuchó atentamente; pero ninguna revelación llegó á sus oídos. Todo era mudo á su alrededor, á excepción del sordo ruido del mar.

Antes de aventurarse por una vereda honda por donde supuso que el fugitivo debió tratar de escaparse, Lantejas echó una mirada á su bote. Indolentemente acostados sobre sus bancos y con el cigarro en la boca, los dos guardianes se dejaban mecer por las olas como en una hamaca. No había pues novedad por este lado; y el capitán se puso en marcha en el hondo sendero practicado entre las dos blancas rocas escarpadas.

Era en realidad, el mismo que siguió Costal en la persecución del hombre del capote. Este había huido con la

rapidez de un ciervo; y nunca habría podido juntarse á Costal el negro, si no le hubiese oído gritar muchas veces:

— ¡ Por el alma de los caciques de Tehuantepec! ¡ Deténgase, cobarde! ¿ Acaso no estoy solo como Ud. ?

Estos gritos guiaron á Clara tras los pasos de Costal. Aquella carrera á aliento perdido, se sostenía por una y por otra parte con igual ardor, cuando Costal se detuvo de repente.

El hombre de la bayeta que le precedía, acababa de desaparecer tras una curva del camino. Mientras Costal trataba de averiguar por dónde había pasado, el negro se le reunió.

— ¡ Por los cuernos del Diablo! — exclamó el Indio — llega Ud. muy á tiempo para ayudarme á encontrar una huella que he perdido; pronto, registre conmigo todos estos breñales: no puede Ud. creer cuánta importancia doy á la captura de este hombre.

— ¿ Acaso sabe él el secreto de alguna cueva de oro ó de un banco de perlas? — preguntó Clara.

— ¡ Ah, no, por Dios! Venga pues... es... ¡ Alto! ¡ Lo ve Ud. allá lejos en una de las orillas del camino hondo?

El negro y el Indio se pusieron en persecución del fugitivo, dejando el camino para perderse los tres entre los campos. Suprimiremos los detalles de la caza que ambos compañeros daban al hombre del capote, para regresar cerca de los dos soldados que quedaron al cuidado del bote.

Mientras el capitán Lantejas avanzaba en el camino hondo con toda la circunspección que había prometido emplear, y con una lentitud que no le habría de conducir ó unirle pronto á los que buscaba, sus dos remeros estaban bien lejos de cumplir la consigna que les había dejado.

El sueño los abrumaba, pues ambos habían pasado en pie la noche anterior.

— Podríamos dormir por turno — dijo el primero.

— Sería mejor que durmiéramos juntos — dijo el segundo — separados de tierra por la distancia á que nos hallamos, no veo cuál sea el riesgo que podemos correr.

Y en vez de estar alerta como el capitán les había ordenado, ambos con sorprendente simultaneidad, se durmieron profundamente.

Aquel intempestivo sueño fué la causa de que ni uno ni otro advirtieran á dos hombres que avanzaban con precaución á lo largo de los peñascos, sobre la playa y con los pies casi bañados por el mar.

Esos dos individuos no llevaban uniforme; pero estaban armados de fusiles. En cuanto á su presencia, algunos cadáveres que el mar rechazaba hacia la tierra, la justificaban plenamente.

Eran de esos merodeadores que siguen á los ejércitos y para quienes toda presa es buena: lo mismo roban á los vivos como despojan á los muertos. Estos dos pertenecían al ejército realista. Echados de Acapulco, como los lobos del bosque después de una batida, no atreviéndose á pedir asilo en el fuerte y temerosos de caer en manos de los insurgentes, la presencia del bote les sedujo.

Los remeros seguían durmiendo sobre sus bancos, uno á babor y el otro á estribor.

Los dos ladrones tuvieron la misma idea: apoderarse de la lancha y hacer de dos vivos, dos muertos.

Sus fusiles se levantaron al mismo tiempo; y después de apuntar con toda la comodidad que quisieron, dispararon al mismo tiempo. La doble detonación no despertó á los durmientes: su sueño debía ser eterno. Los dos disparos llevaron la muerte.

El capitán Lantejas oyó la explosión. Desde hacía cerca de una hora, marchaba á la ventura, sin conocer los lugares que recorría, preguntándose de qué podría servir al negro y al Indio que él continuara por más tiempo una investigación tan obstinada.

Evidentemente, nada podía hacer por ellos en medio de aquellas soledades desconocidas; y en consecuencia,

resolvió volver sobre sus pasos. Tomó pues el camino que acababa de recorrer; pero apenas comenzaba á caminar hacia el mar, al que hasta entonces había vuelto las espaldas, cuando oyó resonar los dos disparos en dicha dirección.

En el primer instante, no pudo substraerse á la sospecha vivísima de que había acaecido alguna desgracia; en seguida se imaginó que Costal y Clara, de regreso en la playa, habrían disparado dos pistoletazos para advertirle su presencia y pedir un bote para regresar á la isla de la Roqueta.

Sin embargo, después de reflexionar, se dijo que si su conjetura fuera exacta, el Indio y el negro habrían debido encontrar á los dos hombres á quienes había confiado la vigilancia de su lancha. Esta idea brilló en su cerebro como un relámpago; las sospechas recobraron el imperio de su espíritu y ya no marchó sino que corrió. De allí resultó que en menos de media hora, recorriera la distancia que acababa de hacer en una.

Al llegar al extremo del camino hondo, sus miradas abrazaron ávidamente todo el horizonte: el bote había desaparecido. Avanzó pero no distinguió sino el mar agitado. Creyó que se había equivocado de camino; pero el aspecto de la vereda honda abierta en medio de las rocas abruptas, le recordó perfectamente el lugar de su desembarque. Era el mismo en verdad y el bote no debía hallarse muy lejos. En fin, después de un examen más atento, descubrió una masa negra que se balanceaba á lo lejos sobre las olas: don Cornelio esperó.

La marea aunque casi insensible en aquellas playas se había llevado sin duda al bote mar adentro, mientras dormían los dos guardianes.

El capitán llamó en voz bastante baja en un principio; en seguida, no recibiendo respuesta, levantó la voz, pero inútilmente.

El bote seguía balanceándose sin que nada indicara que se le había oído. Gritó con todas sus fuerzas; pero en vano: solo el eco repitió sus gritos. La masa negra

seguía oscilando de izquierda á derecha con lúgubre monotonía.

Escuchó; mas no oyó sino el ruido del mar que cabrilleaba, extendiendo sobre la arena ligeras franjas de espuma. Las intermitencias de silencio profundo y de quejumbrosos suspiros de cada ola que moría en la playa, llenaron el alma del capitán de terror, vago al principio pero que muy luego se precisó de modo terrible.

Dos hombres se distinguieron de repente en el bote que parecía vacío y abandonado; y cuatro brazos golpearon á la vez con los remos. Luego, en vez de dirigirse hacia la orilla, el bote se alejó rápidamente.

— ¡Pícaros! — exclamó don Cornelio sorprendido y alarmado de la incomprensible maniobra que veía hacer á los dos hombres: ¡soy yo, el capitán Lantejas!

Una carcajada de burla respondió á las palabras del capitán; y casi al mismo tiempo con horror profundo vió avanzar hacia él, arrastrados por las olas, los cadáveres de los que él creía ver aún á lo lejos, forzando los remos, mar adentro.

Los dos ladrones nocturnos habían perdido algún tiempo en despojar los cadáveres que yacían sobre la playa y en la canoa; y apenas habían terminado su tarea cuando la presencia del capitán les llenó de espanto.

Los dos se habían arrojado al fondo de la lancha ignorando si el personaje que avanzaba iba acompañado. Cuando tuvieron la certidumbre de que se hallaba solo, tomaron otra vez los remos para alejarse tranquilamente, no sin haber tenido la tentación de regresar para atacar á don Cornelio.

Los temores manifestados por el mariscal, eran evidentemente bien fundados: y sin embargo, era necesario, en la impotencia de obrar de otra manera, doblar el fuerte, y llegar hasta el campo de Morelos á pesar de los ladrones.

El capitán había hecho ya la antevíspera, un camino más ó menos semejante con Costal; y buscando aquí y acullá, tuvo la suerte de hallarlo. Se orientó como mejor

pudo para recordar la posición del *voladero de los Hornos*; y con su sable en una mano y una pistola en la otra, se lanzó de nuevo resueltamente por el camino hondo de donde salía.

— ¿Por qué no habrán tomado este mismo partido el negro y el Indio? — se preguntaba mientras iba caminando. Esta reflexión que debió asaltarle desde el principio, le tranquilizó sobre la suerte de aquel á quien debía por lo menos dos veces la vida y disipó uno de sus más tristes presentimientos: entonces caminó con más tranquilidad, aunque á la ventura.

La luna se levantó clara y brillante; y si bien su luz exponía al capitán á ser visto, también le permitía advertir á los enemigos y los pasos peligrosos de la montaña. Llegó en efecto sin accidente hasta lo alto de una planicie desde cuya altura distinguió á su alrededor, el mar, la ciudad, la negra silueta del fuerte y los fuegos lejanos del campo de Morelos.

Desde allí pudo el capitán precisar de modo cierto la posición del puente por donde franquearía el precipicio de Hornos. Siguió caminando con nuevo ardor hacia el punto á que tanto deseaba llegar, pues, una vez en el puente, no le quedaba por recorrer sino un camino ya conocido.

La planicie que atravesaba hallábase surcada aquí y allá de barrancos poco profundos; algunos montículos se elevaban también de trecho en trecho. El viento que soplabá con mucha fuerza, por más que el mar tuviese la calma de un lago, levantaba torbellinos de polvo blanco que, unidos á las desigualdades del terreno, ocultaban el puente y el *voladero*. Don Cornelio caminaba con alguna precaución, cuando, al doblar el último de aquellos cerros, descubrió en lontananza, á la luz de la luna, las pilastras y el puente que servían para atravesar el precipicio. En el mismo instante saltó tras un matorral porque acababa de distinguir una forma humana que se dibujaba sobre el puente de Hornos.

Sumamente contrariado de varar así ya en el puerto, el

capitán trató, espiando á través de la maleza, de formarse cabal cuenta del número de hombres que interceptaban su camino. No había más que uno solo, bien que al capitán le pareció de una talla gigantesca, con la cabeza rozando lo alto de la pilastra en que Costal suspendiera su farol para dar la señal al sargento de artillería Pepe Gago. No pudo evitar sonreirse durante un instante de su equivocación; le parecía evidente que aquel hombre se había elevado hasta esa altura para mejor dominar la planicie inferior. Pero en seguida el capitán reconoció sin duda alguna y con profunda sorpresa, al que Costal persiguiera con tanto encarnizamiento y con tanta temeridad; en una palabra, al hombre de la capucha. Sí, aquella era su misma bayeta de color obscuro, rebujada sobre su rostro. Se hallaba indudablemente absorto en profundísima contemplación, pues hacía ya casi media hora que ocupado en hacer las más tristes conjeturas acerca de la suerte de Costal, don Cornelio acechaba la partida del misterioso personaje sin que éste cambiara de posición. Sólo una vez, inflada su capa por el viento, entreabrióse de repente; y el capitán lo vió moverse, pero de la manera más extraña.

En medio del silencio de la noche, sobre aquella desierta altura, la presencia de aquel hombre en tan extraordinaria actitud, llevó el espanto al corazón de don Cornelio. Sin embargo, su soledad y el peligro que corría prolongando por más tiempo su inútil acecho, le hicieron tomar una resolución desesperada: la de sorprender á su enemigo distraído, matarlo y pasar adelante.

Dejó su escondite del matorral y avanzó en silencio para hacer fuego sobre el individuo que le impedía el paso.

Estaba ya á muy corta distancia y el hombre del capote no se había movido, cuando un violento golpe de viento se engolfó entre su capuchón y á la luz de la luna que daba de lleno sobre su rostro, don Cornelio tembló al distinguir aquellas facciones desfiguradas por la más horrorosa contorsión. Desde ese instante ya no dudó: el

hombre de la bayeta estaba colgado del pescuezo de la pilastra del puente de Hornos.

Indeciso entre la curiosidad de ver de cerca á aquel singular personaje y la repugnancia que le causaba su desagradable aspecto, el capitán vacilaba en avanzar: luego, como era absolutamente indispensable pasar por allí, se armó de valor y llegó hasta el puente. Examinó el rostro desfigurado del ahorcado con un vago recuerdo de haberlo visto en alguna parte é iba á pasar adelante, cuando otra bocanada de viento entreabrió segunda vez el capote dejando ver un farol suspendido de su cuello.

Al ver esto, todo se le reveló: el nombre del ahorcado y el de su verdugo. Lantejas iba á huir espantado; pero las voces que oyera resonar distintamente en el fondo del barranco le clavaron inmóvil. Aquí y acullá del puente, la luna arrojaba sobre las dos cimas del voladero tan brillantes claridades que él no habría podido atravesarlas sin ser advertido. Disimular su presencia era imposible; pero podía, oculto tras el parapeto del puente, disputar el paso á diez hombres; y á pesar del horror que le inspiraba su espantoso vecino, se acurrucó debajo de él y esperó de nuevo. Su espera no fué más que de un momento; pero un momento de angustia durante el cual el cadáver se balanceó por encima de su cabeza haciendo chirriar con su peso, con fúnebre ruido, la cuerda alrededor de la pilastra, en tanto que el farol enmohecido se sacudía sobre su pecho, produciendo un ruido no menos lúgubre. Este momento, decimos, fué corto; pues casi inmediatamente dos voces conocidas llamaron por su nombre al capitán; y Costal y Clara se aparecieron saliendo á poca distancia del fondo del barranco.

Después de las primeras felicitaciones dirigidas á Costal, á quien hallaba, con gran contento suyo, lleno de fuerza y de vida:

— ¿Sabía Ud. entonces — le dijo el capitán — quién era el misterioso personaje del capuchón azul?

— No, respondió Costal; pero esa particularidad me dió sospechas. Suponía esta precaución de parte de Gago:

el culpable se disfrazaba siempre lo más que puede. Así, cuando noté en una de las lanchas españolas á un hombre así encapotado, me prendí á él: un ventarrón le voló la bayeta y reconocí su rostro. Hice prodigiosos esfuerzos para que no se me escapara; y cuando se arrojó al mar...

— Yo lo vi á Ud. arrojarse también — replicó el capitán interrumpiendo á Costal; y fué por esto por lo que, inquieto acerca de su suerte, me interné solo yo en estas montañas, en busca de Ud. después de la muerte de dos hombres que vinieron conmigo y que mataron á balazos en la lancha en que me esperaban.

— Y nosotros — replicó Costal — cuando nos hallábamos al escondite para impedir que descolgaran á la víctima de la justicia india, lo vimos á Ud. y entonces nos acercamos. Había yo dicho muy bien á Clara, que el viejo farol que enterré antes de ayer me serviría aún.

— Dejemos allí á ese infeliz para que sus compatriotas cumplan con él el último deber, — dijo el capitán — la venganza no debe sobrevivir á la muerte.

— Sea, si Ud. lo quiere absolutamente. Por lo demás, mi tarea está concluida y cumplido mi juramento.

Poco tiempo después el capitán Lantejas descansaba de sus fatigas sobre su lecho en que durmió catorce horas seguidas.

Le dejaremos allí gozar del sueño reparador en tanto que abrimos el capítulo siguiente á una época anterior en algunos meses.

En el relato precedente hemos presentado al lector con complacencia, al cura de Carácuaro desde su origen humilde como el nacimiento de un río, hasta el momento en que eleva gracias á Dios por el éxito de sus armas victoriosas.

¿No hay cierto encanto en seguir el curso de un río y contemplar su crecimiento? Un débil hilillo de agua trata ante todo de abrirse paso á través de las gladiolas y de los racimos de rosas que bordean su fuente. Apenas escapa de su cuna, serpentea ya en la llanura y acaricia

tiernamente la hierba sobre que se desliza murmurando. Más tarde, su lecho se ahonda y se ensancha y su carrera se hace más rápida. Muy pronto, engrosado por veinte ríos que llegan á porfía á derramar en su seno el tributo de sus aguas, el torrente rueda majestuosamente sus olas; y después de haber fecundado y enriquecido las tierras que recorre, lleva á su vez triunfalmente su tributo al Océano. ¡Triste y fiel imagen de la nada de las grandezas de este mundo!

Un encanto mayor aún atrae la atención á las diversas fases de la vida de los hombres cuyo nombre resuena gloriosamente en el mundo y que el buril de la historia ha grabado en rasgos inmortales para legarlos á las futuras generaciones.

Volvamos ahora á nuestros héroes predilectos.

## CAPÍTULO VII

DONDE EL DEBER ES MÁS FUERTE QUE EL AMOR

La ocupación de la isla de la Roqueta trajo consigo la rendición del fuerte de Acapulco; y desde el día en que, acompañado de sus dos criados, dejó su aldea, el cura de Carácuaro había ganado veintidós batallas y sometido todo el sur de la provincia de México, desde el océano Pacífico hasta seis leguas de la capital de la Nueva España.

Mientras que el general mexicano se prepara á extender sus conquistas hasta la misma provincia de Oaxaca en que lo hemos visto por primera vez, vamos á prece-derle y á levantar la cortina que oculta otras escenas que allí se sucedieron durante ese mismo año de 1812.

Era una ardiente mañana del mes de junio, la estación de las lluvias no había principiado aún; y el sol incendiaba con sus rayos la polvorienta llanura de Huajapam. Una corona de colinas lejanas cuyo azul se confundía casi con el inmutable azul del cielo mexicano, servía de marco á uno de esos cuadros de desolación y de duelo que el genio destructor del hombre se complace á veces en trazar con arte infernal.

A lo lejos, hasta donde la vista podía llegar, se veían numerosos jinetes que batían la desierta llanura en medio